

La muerte le halló, si es cierto
Cuanto en uno y otro advierto
Que de-lucir no ha podido
La virtud con que ha vivido
Y la fama con que ha muerto

—
La vida, siempre ocupado
En estudios, la gastó;
La muerte nunca le halló
Para morir descuidado.
Tanto pues había ensayado
Morir y vivir, que atento
A no errar el fin violento
De tan dudoso camino,
Enviar delante previno
A todo su entendimiento.

—
No furioso frenesí,
No delirio riguroso
Su ánimo turbó piadoso;
Un blando letargo sí,
Para mostrarnos así
Cuánto la muerte severa
Sintió que se desluciera
Tanto s' jete; y llegó
De dos veces, porque no
Se atrevió de la primera.

—
Y supuesto que los cielos,
Sí en sus piedades se advierte,
Nos dan hoy en una muerte

Vinculados dos consuelos.
No lloren nuestros desvelo,
No nuestro amor desespere;
Pues que mejor vida adqui
Pues que más gloria recibe
Quien hoy en su fama vive,
Y á vivir eterno muere.

PANEGÍRICO

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR ALMIRANTE DE
CASTILLA.

—
Algunos biógrafos de Calderon han cita-
do este Panegirico sin haberlo visto; ha-
biendo asegurado algun articulista que se
habia perdido.

Pero hemos tenido la fortuna de encon-
trar un ejemplar, que nos ha prestado nues-
tro amigo el conocido bibliófilo Sr. Sancho
Rayon, y del cual hemos hecho la siguiente
copia.

No tiene lugar ni año de impresion, aun-
que seguramente fué estampado en Madrid
y tal vez el mismo año de 1638, en que se dió
la batalla de Fuenterrabia: es un folleto
en 4.º de siete hojas, y tiene la siguiente
portada:

Panegirico del Excmo. Sr. D. Juan Al-
fonso Enrique de Cabrera y Colona, Almi-

rante de Castilla, Duque de Medina de Rioseco, Conde de Melgar y de Medica, Comendador de Piedrabuena, Orden de Alcántara, Gentilhombre de la Cámara de Su Majestad, y su Capitan general de los ejércitos de Castilla la Vieja, compuesto por Don Pedro Calderon de la Barca, Caballero del Hábito de Santiago. Encomendado á la proteccion del Excmo. Sr. D. Francisco Fernandez de la Cueva, Duque de Alburquerque, Marqués de Cuéllar, Conde de Ledesma y Nuelma, Señor de las villas de Mombeltran y la Codosera, Gentilhombre de la Cámara de Su Majestad.

En seguida contiene la siguiente dedicatoria:

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DUQUE DE ALBURQUERQUE.

Este breve Panegírico, Excmo. Sr., que á pesar de mi suficiencia ha escrito el afecto, no se atreve á llegar á manos del Sr. Almirante sin in padrino tan grande como V. E. que supla con la autoridad que le sobra los méritos que á él le faltan. Bien conozco que no deja de ser error, enviar al amparo de V. E. deseos en esta ocasion dedicados á tercera persona, cuando debiera V. E. ser primero acreedor de mayores alabanzas (pues es cierto que ninguno en tan señalada vic-

toria tuvo mayor parte que V. E. acidiendo en los empeños de ella á todo el desempeño de sus obligaciones, ocupando (principalmente el dia de la ocasion) en la primera hilera de su tercio (el más aventurado puesto del ejército): pero ántes, señor, que el error se diese por error, y á fiado en dos disculpas, se ha ía calificado por acierto. Una es que no juzga por ajena la alabanza del Sr. Almirante, sinó por tan propia, como la hacen la cercanía de la sangre, y lo estrecho de la amistad. Otra es saber de mí, que si escribiera el Panegírico en servicio de V. E. fuere el Sr. Almirante á quien suplicara le pusiera en sus manos. Y pues siempre hubiera menester valedor que le granjeara la estimacion que por mí merece, suplico á V. E. se le remita en su pliego, para que á sombra suya, quede segunda vez mi atrevimiento disculpado. Guarde Dios á V. E. los felicísimos años que desea este humilde criado de V. E. que sus piés besa.

D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

TERCETOS.

Mil veces sea repetido el dia,
Señor Excelentísimo, en que vea
Quieta España su heroica monarquía,

Repetida la luz mil voces sea,
Señor Excelentísimo, en que Francia
Los desengaños de su orgullo crea.

De una y otra fortuna la distancia
Fausta, y infausta piedra la señale,
Blanca al valor, y negra á la arrogancia.

¿Qué aplauso habrá que tanto triunfo
[iguale ?

¿Qué triunfo habrá que iguale tanta gloria,
Si una sola por todas juntas vale ?

Roma lo diga, acuérdenos la Historia,
La variedad de honores que tenía.
Para quien la añadía una victoria.

Mural Corona ufana provenía
Al que contrario muros asaltaba
Por las brechas que abrió la batería.

Cívica, aquélla era que se daba
Al que en la lid tanto valor mostrase,
Que socorriese al que en peligro estaba.

Ballar se concedía al que ganase
Las trincheras, y fosos, que tuviese
El enemigo donde se amparase.

Triunfal, la antigüedad quiso que fuese
La que ilustrase al que á morir expuesto
En campal lid á cinco mil venciese.

Obsidional la que al peligro opuesto
Hiciese levantar al enemigo
Sitio que ya una vez tuviese puesto.

Pues siendo así, señor, que hoy es testigo
El mundo de que todo lo habeis hecho,
Todos los triunfos que os aclaman, digo,

Todos os apellidan, satisfecho
Cada cual de que él es conseguido
Del Real valor de vuestro ilustre pecho.

Mural faccion, vuestra faccion ha sido,
Puesto que el enemigo habeis hallado
En regulares muros defendido.

Por asalto fué dellos arrojado ;
Luego ganado por asalto el muro,
Mural corona de oro habeis ganado.

Cívica tambien es de roble duro,
Puesto que á otro soccorristeis, cuando
Aun de sí mismo no vivía seguro.

Con la hambre el tiempo, y el Frances li
[diando,

Ya desahuciada de su valentía,
En brazos de la muerte agonizando

Estaba la leal Fuenterrabía
El dia que feliz la soccorristeis,
Que aun fué con el valor preciso el dia ;

Luego si vida al casi muerto disteis,
La invasion de la patria asegurada,
La Cívica corona conseguisteis,

No ménos la Ballar, apellidada,
Así de los ballados en que se hacen
El foso, la trinchera, y la estacada ;

Si éstas á vuestro impulso se deshacen,
Y llenas de despojos juntamente
Animo hoy, y codicia satisfacen,

Más gloriosa, señor, más dignamente
El esplendor de la Ballar corona
Los rayos ceñirá de vuestra frente.

Pero en vano sus méritos abona,
A preferir atenta cada una,
Si la Triunfal de su laurel blasona.

Mejor derecho tiene que ninguna,
Mejor acción por ser en sus empleos
La dádiva mayor de la fortuna.

Sólo aquel que ceñido de trofeos,
De cinco mil triunfó en campal batalla
Con ella satisfizo sus deseos.

Luego en vos, gran señor, para logralla,
No solamente el número cumplido,
Pero excedido el número se halla.

Diez y ocho mil son los que habeis ven-
[cido]

De poder á poder en la campaña,
Que tumba de cadáveres ha sido.

¡Oh! mire el sol con novedad extraña
Triunfales pompas, en España el día
Que éntre en su corte el defensor de Es-

[paña.]

Mas no, que tanta pública alegría,
Aun es bastarda voz de vuestra fama,
Mudo clarín de vuestra bizarria.

La obsidional Corona es la que os llama,
Quien descinó por el laurel el oro,
Ahora el laurel descinó por la grama.

Rústica planta es, pero no ignoro,
Que fué de humana púrpura teñida,
De los Césares último decoro.

Esta diadema á todas preferida
(De muchos con afecto deseada,

De pocos con efecto conseguida),
Para vos, héroe invicto, está guardada
En el templo de Marte, donde yace
Más verde, cuanto más ensangrentada.

De las ruinas en quien silvestre nace,
Para dón el sitiado la teja
(Que al dón celo, y no el valor le hace),

Al que le desitiaba la ofrecia,
Siendo el mayor blason, de todos cuantos
La premiadora antigüedad tenia.

Entre los Dioses colocaba Santos,
Al que entre el sitio, y sitiador entraba
Noble despreciador de riesgos tantos,

Si un ejército pues desalojaba,
Y si un pueblo dejaba asegurado,
Semidios uno y otro le aclamaba.

A tanta dignidad habeis llegado,
Puesto en huida, el sitiador lo diga,
Dígallo en libertad puesto el sitiado.

Peró no un premio á otro contradiga,
Que quien todos á un tiempo los merece,
Todos á un tiempo es bien que los consiga.

Y así cuantas guirnaldas os ofrece
Hoy la inmortalidad de vuestra fama,
Que á nunca ser mayor por puntos crece,

Ceñid iguales y una y otra rama,
A vislumbres descubra entretrejida
El oro, entre el laurel, el roble y grama,

No es modestia la gloria conseguida
Recatarla, demás que siempre ha sido
La modestia, virtud no agradecida.

Pues habeis cinco glorias conseguido,
Cinco triunfos lograd; no se nos quede
Por pereza con ellos el olvido;

Fiscalice la envidia que no puede
Un hombre merecer, por más que un hombre
Verá que sí, él mismo á sí se excede.

¿Qué virtudes le dan alto renombre
A un general para vencer glorioso
Antes que con la espada con el nombre?

¿Ilustre sangre? ¿Espíritu brioso?
¿Felix fortuna? ¿prevencion prudente?
¿Prodiga mano? ¿y celo religioso?

Pues si tantas virtudes igualmente
Cabén en un sujeto, en un sujeto
Tantos lauros cabrán precisamente.

Perdonadle, señor, hoy á mi afecto
La ociosidad de ver que á cargo toma
Haceros ejemplar deste concepto.

Si ilustre sangre, ¿qué cerviz no dom
Lo Enriquez de los Reyes de Castilla
Lo Colona en los Césares de Roma!

Si ánimo invicto, ¿qué poder no humilla
Ardimiento que en todas ocasiones
Desenvaina el primero la cuchilla?

Si prudente gobierno, ¿qué blasones
No adquiere desvelada una cordura
Que obra tantos aciertos como acciones.

Si fortuna feliz, ¿qué más segura,
Que aquella que á pesar trai de los hados
Obediente á su arbitrio la ventura?

Si generosidad, ¿qué más probados

Argumentos, que ver entre despojos
Vos volveis pobre y ricos los soldados?

Y si celo católico, ¿qué enojos
No os cuesta algun insulto, desatando
Iras al pecho, y lágrimas los ojos?

¡Oh, enmudezca la envidia, confesando
Silogismos, que ya negar no puede,
Porque esta la verdad argumentando,

Y pues la misma envidia los concede,
Vivid, venced, triunfad, sin que ninguna
Accion al tiempo contra vos le quede!

Y si por dicha se volviere de una,
Que es decir, que en el mar no habeis te
[nido

Señor, de vuestra parte á la fortuna,
Estad de la respuesta prevenido,
Y no la general de que el acaso
Siempre avisa despues de acontecido.

Particular razon en este caso
Hay, sin aquella de que no amancilla
Al valor, la violencia del fracaso:

Y es que siendo desde una hasta otra
[orilla

Vos general del mar, por la gloriosa
Dignidad de Almirante de Castilla,
Celoso el mar de ver vanagloriosa
Con éjercitos vuestros á la tierra
Amotinó su saña procelosa.

Y desatando cuanta furia encierra
Ningun socorro que os llegase quiso
Por medio suyo, para hacer la guerra.

Venganza sin cordura y sin aviso,
Pues hizo más osado el vencimiento,
Cuanto el número hizo más remiso,
No advirtió que sobraba vuestro aliento,
Aun para conseguir mayores glorias
A despecho de mar, de fuego, y viento.

Ni es la primera vez que las Historias
Acordarán que en el Cantabrio suelo
Deben á vuestra casa sus victorias.

Esa plaza, esa misma al desconsuelo
Rendida, de otra gálica violencia,
Empresa fué de vuestro invicto abuelo.

Su libertad os viene por herencia.
Y hoy con mayor ventaja cuanto ha sido
La mejor redención la Providencia.

Más tiene que estimar el socorrido.
Antes de verse padecer el daño,
Que no despues del daño padecido.

Que os debe más á vos, hoy defendida
La plaza, ántes de riesgo tan extraño;
Que al que despues la vió restituida.

Pues la habeis socorrido vos sitiada,
Si vuestro abuelo la cobró perdida.
Tanto victoria pues; tan señalada

Facción; tan grande hazaña; tan altiva
Empresa; gloria al fin tan celebrada;
Siempre inmortal á par del tiempo viva.

Con voz la fama de metal la cante,
Y con el ras de oro el Sol la escriba
Siendo para que dure más constante,
Un bronce repetido cada acento,

Cada lámina un libro de diamante,
Que yo muda la voz, torpe el aliento

Ya reconozco, gran señor, que en suma
Há menester tan generoso intento,
Mejor voz, mejor plectro, y mejor pluma,

VILLANCICOS

En ninguna parte hemos visto citados estos villancicos, cuyo conocimiento debemos al Sr. Sancho Rayon, que posee en su magnífica coleccion de libros raros y curiosos un ejemplar que probablemente es la primera y unica edicion.

Están incluidos en un folleto de 14 hojas de letra del siglo xvii, con este título:

Villancicos y letras que cantó la Capilla Real en la celebridad de esta octava.

El villancico primero es de D. Pedro Calderon de la Barca; el segundo de Moreto, y los que siguen de diversos poetas de su tiempo.

Se cantaron, según se deduce del texto, en honor de Santa Rosa de Lima, en una de aquellas funciones semi-religiosas, semi-cómicas, y tan grotescas, que no pudieron desterrar de los templos las repetidas prohibiciones de algunos obispos. y que sólo fueron suprimidas por la cultura y el progreso de los tiempos.

No tiene este libro año, ni lugar de impresión; y por tanto no es fácil decir cuándo se cantaron y cuándo escribió Calderón estos villancicos; pero puede asegurarse que fué ántes de 1644, porque en este año falleció Vélez de Guevara, que fué uno de los que concurren á la fiesta con dos villancicos.

VILLANCICOS Y LETRAS,
QUE CANTO LA CAPILLA REAL EN LA
CELEBRIDAD DE ESTA OCTAVA

Villancico 2.

Estríbillo.

Una voz.

¿Habrà quien á una duda me dé res-
[puesta?]

Otra voz.

¿Qué duda hay en el mundo que no la
[tenga?]

Voz 1.ª

Pues la duda vaya.

Coro 1.º

La duda vaya.

Voz 2.ª

La duda venga.

Coro 2.º

La duda venga,
Que nosotros queremos satisfacerla.
Repiten todos.
¿Habrà quien á una duda, etc.

Coplas.

Voz 1.ª

¿Por qué el día que María
El nombre de Isabel trueca
A quien quiere que corone
Una de sus Excelencias;
Ya que hubiese de ser Flor
De su hermosa primavera,
La que más en la guirnalda
De sus sienas resplandezca,
Entre cuantos atributos
Su pura Concepcion cercan
Escogió la Rosa, y no
El Lirio, ó la Azucena?
Si Isabel es juramento
De Dios y se cumplió en en ella
Pues desde su tierna edad
Amor la juró por Reina,
¿Por qué al amor deste voto
El lirio que ser ostenta
Símbolo suyo, no es
El nombre con que la premia?
Y si el azucena es

Símbolo de la pureza,
Y Isabel se la consagró
También desde su edad tierna,
¿Por qué de azucena el nombre
No la ilustra, en consecuencia
De qué el nombre, y la virtud
En un sujeto convengan?
Y en fin, ¿por qué ha de ser Rosa
El blason que la engrandezca,
Si la Rosa sólo es
Símbolo de la vergüenza?

Coro 2.º
¿Es aquésa la duda?

Coro 1.º
La duda es ésta.

Voz 2.ª
Atencion, que queremos satisfacerla

Coro 1.º
De respuesta vaya.

Coro 2.º
Va de respuesta.

Coro 1.º
Per que agora quede suspensa.

Coro 2.º
Quede suspensa.

Todos.
Que despues habrá tiempo de que se vea,

Que no hay duda en el mundo que no la
[tenga.]

EN RESPUESTA.

Villancico II

Estribillo.

Voz 2.ª
¿Por qué si el Lirio es amor,
Y la Azucena pureza
Isabel ha de ser Rosa,
Y no Lirio y Azucena?

Coro 1.º
¿Esta no es la duda?

Coro 2.º
La duda es ésta.

Coro 1.º
Atencion, que queremos satisfacerla.

Coro 2.º
De respuesta vaya.

Coro 1.º
Va de respuesta.

Todos.
Vaya, pues por entonces quedó suspensa,

Y no hay duda en el mundo que no la
[tenga.

Coplas

—

Voz 2.^a

Azucena, y Lirio, aunque
Son hermosas flores bellas,
Que de pureza, y amor
Una, y otro lustre ostentan,
Son flores mal defendidas
A quien á tocarlas llega,
Pues una y otra no tienen
Espinas que la defiendan.
La púrpura de la Rosa
Dice Majestad, y en muestra
De ser la Reina del Prado
Armadas Archas la cercan.
Luego el ser Isabel Rosa
De varias espinas llena,
Sobre pureza, y amor
Dice áspera penitencia.
Amor, que no es más que amor,
Sin pasar á más fineza;
Castidad, que con quedarse
Castidad vive contenta,
Virtudes son, pero no
Virtudes más que en sí mismas,
Mientras no las acompañan
Fervores, ansias y penas.
Demás, que á ninguna flor

Se dá patria, que no sea
Comun á todas las flores
En valles, montes y selvas.
Sinó á la Rosa, pues cuando
En María se interpreta,
La Rosa de Jericó
La canta á voces la Iglesia,
Con que no sin privilegio
Quiso, que por compañera
La Rosa de Jericó
La Rosa del Perú tenga.

Una voz.

¿Habrá quien á una duda me dé res-
[puesta?

Otra voz,

¿Qué duda hay en el mundo que no la
[tenga?

Voz 1.

Pues la duda vaya.

Coro 1.^o

La duda vaya.

Voz. 2

La duda venga

Coro 2.^o

La duda venga,

Que nosotros queremos satisfacerla.

Repiten todos.

¿Habrá quien á una duda, etc.

010111

ELEGIA
EN LA MUERTE DEL PRÍNCIPE D. CARLOS.

El príncipe D. Carlos murió el 9 de Octubre de 1646 en Zaragoza, á la temprana edad de 16 años; y por tanto esta elegia debió escribirse en el mismo año de 1646.

AL SEÑOR INFANTE-CARDENAL.

¡Oh! rompa ya el silencio el dolor mio,
Y en lágrimas y quejas desatado,
Al mar corra, y al viento, que bien fio
Del mar hoy, y del viento mi cuidado,
Pues patrimonio son del mar, y el viento,
A un tiempo lo gemido y lo llorado.

¡Oh! rompa ya mi pena el sufrimiento
Y en lágrimas y quejas dividido
(Dignísimo Fernando) mi lamento
Llegue (ó bien de las ondas repetido
O mal restituido de las penas)
Piadosamente á merecer tu oído.

Lisonjas, y lisonjas no pequeñas,
Hace al dolor el que al dolor engaña,
Con voces, con suspiros, ó con señas
(Tú, de la gran metrópoli de España,
Que con arenas, y átomos de oro,
Pródigo dora el Tajo, y el sol baña,

Purpúreo Atlante: tú cuyo decoro
Desde lejos saludan dulcemente,
Dos cisnes, éste mudo, aquél canoro.

Ya que al cuarto planeta en otro oriente
Sustituyes la luz, suples el día,
Lucero habilitado dignamente,
Bien como en la celeste monarquía,
Virey del sol, es el mejor lucero,
De quien el alma de sus rayos fia),

Engaña tu dolor (no porque espero
Que rústica mi voz te obligue á tanto),
Sinó porque mi llanto lisonjero

Las lágrimas mezclando con el canto,
En destempladas cláusulas ignora,
Aun él mismo, si fué música ó llanto.

No por vencer tu sentimiento agora
Mi acento sulca, ni mi pluma vuela
(Si bien, hartó le vence quien le llora).

Con inútil retórica consuela
Al triste, el que su mal le facilita;
Pues al són que le aduerme, le desvela

Llore el que de su llanto necesita,
Que en su principio á un occidente extraño,
Fuerzas le dá quien lágrimas le quita.

Una pena dorada de un engaño,
O cobra la razon, ó pierde el brio:
Y aquél es sólo repetirle el daño.

Así quejas y lágrimas envío.
¡Oh, rompa ya mi pena el sufrimiento!
¡Oh, rompa ya el silencio el dolor mio?

Aunque mejor la fuerza de un tormento

Sabe sentirse, que decirse sabe,
Porque en la voz no cabe el sentimiento.
Parece que es mayor porque ántes,
[cuando,

Bozal y torpe en su principio estaba
De sí mismo, ella misma hería temblando.

Un siglo entónces, en poner tardaba
La flecha; un siglo entónces prevenía
El golpe; y tras dos siglos, áun la erraba.

Mas hoy, que diestra la hizo la porfia,
Ni un instante el vivir deja seguro,
Que el día ménos cierto es cualquier día.

Nó el sagrado dosel, nó el fuerte muro,
La edad florida, ingenio el más perfecto,
La generosa sangre, el lustre puro,

La heroica Majestad, el real sujeto,
Todo adornado de gallardo brio,
Temor la causan, ni la dan respeto.

Todo lo postra, todo á su albedrío,
Cárlos, lo digo (y cuando á Cárlos nombra
; Oh, rompa ya el silencio el dolor mio!)

Dígalo pues su voz, que muda asombra,
Y débale suspiros á la muerte,
Ver tanta luz desvanecida en sombra.

¿ Si sagrado dosel? ¿ si muro fuerte?
¿ Qué muro fuerte? qué dosel sagrado?
¿ El sol ciñe? ¿ el mar cerca? ¿ el cielo advierte?

¿ Ya luciente? ¿ ya nuboso? ¿ ya estrellado?
Aquél vuele, aquél corra, y éste ande,
Que mirarse merezca reservado,

Como el alcázar de Felipe el Grande,

Cuando piadoso el hado un edificio,
Privilegiar de sus rigores mande.

Si lustre puro, ¿ qué mayor indicio
De esplendor y de lustre, que ser rayo
De tanto sol? (no aquí delire el juicio,

Porque un rayo del sol sienta un desmayo,
Que no deja de ser rey de las flores
Porque una flor se le malogre al mayo).

¿ Si Majestad heroica? sus mayores
Triunfan hoy en las lides del olvido,
Nunca vencidos, siempre vencedores.

El águila alemana les dió nido,
El leon de España albergue, que absoluto
Término fué á su vuelo y su bramido.

Todo el orbe pagándoles tributo,
De una cuna del sol, hasta otra cuna,
Emperatriz el ave, y rey el bruto.

¿ Si real sujeto? áun siendo siempre una,
Su fama se excedió tal vez, pues sella
Esta con más aplausos la fortuna.

Felipe santo, y Margarita bella,
Sús padres fueron de tan alta planta,
Que humanas flor, no es divina estrella.

¿ Si claro ingenio? Manzanares canta,
Conceptos suyos, y conceptos llora:
Tanta es la fuerza de un afecto; tanta,
Que con la voz que al gusto hoy se ena

[mora

Quizá el pesar se llorará mañana,
Que áun una voz, á lo que nace ignora.

¿ Si edad florida y juventud lozana?

Apénas cinco veces, cinco era,
Cumplido el curso en que veloz devana;
Con hilos de oro el sol nuestra carrera,
Cuando por medio enmarañando el hilo:
Le cortó inexorable la tijera.

No llegó al fin su fin; con nuevo estilo,
Hoy se acabó, y hoy se quedó pendiente.
¡Oh! ¿para cuándo era embotarse el filo?

¿Si brio gallardo, y ánimo valiente?
Digalo el mar que le rindió oportuno
En pequeño bajel más diligente.

Por príncipe los reinos de Neptuno
Y en córtés de agua príncipe jurado.
Votaron todos, y faltó ninguno.

De esperanzas, entónces coronado
Le vió la paz, y le aclamó la guerra;
Sólo á la tierra le costó cuidado.

Pues celosa de ver, que le destierra
Del centro natural al centro frío,
En sus entrañas le escondió la tierra.

¡Oh sacrilego amor! ¡Oh amor impío,
Que á tu costa tus celos has vengado!
¡Oh, rompa ya el silencio el dolor mío!

Y ya que tanto mérito postrado,
Humano al fin reparo no previene,
A la infalible indignacion del hado.

Al enojo infalible del destino,
Vamos á ver si le previene el celo
En la piedad del mérito divino.

¡Iba, pues, de la noche el negro velo
Borrando los matices, con que ansia

Al temple bosquejado tierra y cielo,
El doctísimo Artífice del día,
Y el sol depositado en luces bellas,
Espejo hecho pedazos parecía,

Que pedazos del sol son las estrellas;
Y así, cuando su luz se quiebra hermosa
Es un pequeño sol cada una de eilas.

Declaróse la noche temerosa,
Y tropezando perezoso el sueño
En la que iba arrastrando falda umbrosa,
Salió mostrando el arrugado ceño,
Que más horrores que cabellos vierte
De ciprés coronado y de beleño:

Y como medio hermano de la muerte,
Al mundo medio muerto sepultaba
Cuando áun al sueño hicieron que despierte.

Voces, que sólo el eco articulaba;
Porque todas á un ¡ay! las reducía,
Y errando el pueblo (si por dicha erraba),
Que en el silencio solamente cabe.

Mas ya que á tanto la pasion me obliga,
Quejas escucha (ó con acento grave
La voz las calle, ó el callar las diga)

De aquélla son, y de todos enemiga.
Fatal deidad, cuya triunfante huella,
Sin que el respeto ni el temor la impida,
Alcáceres supremos atropella.

A cuyo carro la ambicion asida
Arrastra las coronas que ántes fueron
Los ídolos humanos de la vida.
Aquella á quien en vano previnieron

Defensa, ni la pluma, ni la espada,
Que el valor y el ingenio se rindieron.
Alcaide de la vida, que á su entrada

Registro es nuestro el libro de la muerte,
Partida por partida señalada.

Con condicion que ha de morir advierte,
Que entra á vivir el que nacer procura,
Echado á los umbrales de la suerte.

Nó el poder la venció, nó la hermosura ;

Que ésta ni aquél pasó, sin que primero,
Con llanto no firmase la escritura.

Luego, ¡oh rigor! (iba á decir) severo,

Por cuenta le da el aire con que vive,

Que aún no es suyo este soplo más ligero.

¿Quién vive, pues, sabiendo que recibe

Tan contado el vivir, que siempre atenta

La muerte por las márgenes escribe

Una vez que respira, otra que alienta,

Y vez ninguna alienta, ni respira,

Que no adelgace el número á la cuenta ?

¿Quién no se pasma aquí, quién no se admira !

¿Y quién sin miedo en desventura tanta

De que se cumple el número suspira ?

Oh, cuánta es hoy nuestra miseria, oh
[cuánta!

Que aunque siempre lo fué, considerando

Que hoy la muerte los plazos adelanta,

Aunque confusamente discurría,

Al Monte de Piedad llegó, al Erario,

En uno y otro templo de María,

Ne perdonó devoto santuario,

Que no solicitase á aquella hora,

Uno en la fé, y en el efecto vario ;

Pues aunque dos imágenes adora,

Es sola una deidad : y así en lo oculto,

De noche en dos orientes vió uua aurora.

Con poca pompa, el venerando bulto

(Si ya no fueran pompa las querellas,

Que querellas de fé tambien son culto)

Llego á Palacio ; y mudas las estrellas

Con muestras de dolor extraordinarias

(Quizá por ser de Carlos una de ellas)

Acompañaron, aunque en luz contrarias,

Las antorchas conformes en belleza,

Unas y otras nocturnas luminarias.

Madrid, viendo que plebe, y que nobleza,

Igualmente se inclina, igual se mueve

Al llanto, á la piedad y á la tristeza,

Quiere que suyos dos mensajes lleve

Por la nobleza un duque de Gandía

Y un labrador humilde por la plebe.

Francisco, pues, y Isidoro ante María,

un tiempo en cielo y tierra están pos-
[trados

Alma y cuerpo gloriosos aquel día.

¡Oh ! ¿ no parece aquí que con candados

Están los cielos ? pues abrid los cielos :

Mirad qué implican cielos y cerrados.

¿ Tantos suspiros ? ¿ Tantos desconsueltos ?

¿ Tan sincero clamor ? ¿ llanto tan frio

¿ Tantas penas, Señor, tantos desvelos,

Solamente os merecen un desvío ?

¿Cuándo la voz no fué del cielo llave?
; Oh! rompa ya el silencio el dolor mio.
Mas ; ay! que en la mayor, en la más grave
Pena, aunque sabe el que afligido llega
Qué ha de pedir, qué ha de pedir no sabe,
Que el hombre es liberal con quien le ruega,
Por lo que á quien le ruega le concede,
Y Dios es liberal por lo que niega.
Tanto con él la voz ó el llanto puede,
Que por agradecer la voz ó el llanto,
Tal vez negando su poder excede.
Luego tanto retiro, enojo tanto,
Padeciendo rigor, será clemencia,
Pues siempre es liberal el cielo santo.
; Oh, quién de parte de la Providencia
Hoy estos dos extremos careara,
Aquí el dolor y allí la conveniencia,
Por que al mundo el exámen consolara!
Cuando en sombras y léjos percibiera
El daño que otro daño le repara,
; Qué alegre entónce, si la piedad viera
Disrazada en rigor del mismo cielo,
Otra vez sus desdichas le pidiera!
Pues si ignorante pide nuestro celo,
Y docto él nos mejora la fortuna,
Sirvanos el castigo de consuelo.
Y pues del ataúd y de la cuna,
Lineas en que nacemos y morimos,
Una es la fortuna y la materia es una,
Y de un sepulcro á otro sepulcro fuimos
(Por los en que el pequeño mundo es-

[triba)

Muriendo desde el punto en que nacimos,
Dichoso aquél que de vivir se priva;

Pues si á morir viviendo el hombre nace,
Muriendo bien, no hay más para que viva.
Ninguna accion al dueño satisface

Tanto, que la atencion escrupulosa;
No la enmiende despues, con que se hace
Más perfecta, más noble ó más hermosa :

Sólo el morir esta eleccion no tiene,
Siendo el morir la más dificultosa.

Luego á aquel que la muerte le previene
Con avisos de un dia y otro dia,

No llorarle, envidiarle nos conviene.

Sucede, pues, al llanto la alegría,

Pues para que al morir perfeccionase,

Murió Carlos sabiendo que moria;

Y ya que el cielo quiere que hoy abrase

Las plumas, siendo pira el monumenta,

De quien su luz entre cenizas pase

A otro centro, á otra esfera y á otro asiento,

Y dejando á la tierra sus despojos

Es ya estrella añadida al firmamento,

Pasen tambien nuestros turbados ojos

De un objeto á otro objeto su sentido,

Que dichas podrán ver, quien pudo enojos.

Vean que en prendas hoy de un bien perdido

Dos los cielos eternos aperciben

Que aun mal está el consuelo repetido.

Felipe y Baltasar, felices viven,

Cuyo nombre los hados respetando,

Con letras de oro en láminas escriben

Que nunca el tiempo alcanzará volando,

Porque áun el tiempo pasará primero,
¡Oh! vivan, pues; y tú, noble Fernando,

Ya Marte religioso, ya guerrero

Apolo, con la espada y con la pluma,

De tantas esperanzas heredero,

Al mar sujeta la rizada espuma,

Postrá á la tierra la cerviz altiva,

Y haz que el mar y la tierra te presuma

Luz que del sol Felipe se deriva;

Y pues de ti tantos aplausos fio,

Mientras tu nombre, ¡oh gran Fernando!

[viva,

No rompa ya el silencio el dolor mio.

PSALLE ET SILE.

No estuvo exento Calderon de persecuciones y de habillias desde el momento en que se hizo sacerdote y tuvo, por consiguiente, superiores jerárquicos á quien obedecer.

Apénas se ordenó hubo quien comenzó á censurarle por eseribir comedias, creyendo que este arte era incompatible con la profesion sacerdotal.

Para comprender bien esta oposicion sería necesario recordar que durante todo el siglo xvii hubo frailes intransigentes y teólogos austeros que consideraban peria

diciales los teatros, anti-cristianas las comedias y oficio bajo el de cómico. Sin la resistencia de Felipe IV, que era aficionado á este género de espectáculos, es muy probable que hubiesen triunfado constantemente aquellos intolerantes clérigos, y nos viéramos hoy privados de las mayores riquezas de la literatura castellana.

Calderon escribió los versos que siguen en Toledo, no sólo impresionado ante la tranquila vida que allí hizo, sinó pensando en la difícil situacion que le habían creado las murmuraciones y censuras por un lado, y su propia situacion y las órdenes del rey por otro.

Una voz le mandaba callar y otra cantar; su ánimo estaba suspenso y dudoso. En estas circunstancias debió sorprenderle maravillosamente la frase *Psalle et sile*, « canta y calla, » grabada precisamente en la reja del coro de la catedral adonde tenía que acudir diariamente á llenar los deberes de su cargo.

Pero aunque debió escribirlos desde 1633 á 1656, no se publicaron hasta el año de 1661, en un folleto con una curiosa lámina, reproduccion del coro de la catedral de Toledo.

Parte de esta composicion es oscura, como el estado de ánimo del gran poeta y austero sacerdote. Sus profundas medita-

ciones, en alas de la imaginacion, penetran en los misterios que puede encerrar tan contradictorio precepto, y llegan á lo más abstruso de la teología.

DISCURSO MÉTRICO-ASCÉTICO,
SOBRE LA INSCRIPCION «PSALLE ET SILE,»
QUE ESTA GRABADA EN LA VERJA DEL
CORO DE LA SANTA IGLESIA DE TOLEDO.

Canta y calla, dice aquel
Mote, cuya soberana
Inscripcion, sacro buril
En grabado bronce estampa :
Bien como inscribió de versos
En sobrepuestas medallas
Salomon, de sus columnas
Dos capiteles y basas,
Canta y calla, otra vez leo,
Y otra vez suspensa el alma
Duda cómo se reduzca
A un precepto : *canta y calla*.
Porque si el callar es muda
Prision del silencio que ata
Con el uso de las voces
El rumor de las palabras ;
Y el cantar, no sólo es
Romperlas, pero entonarlas

Al concertado compás
De métrica consonancia :
¿ Cómo compuesto de dos
Proposiciones contrarias,
Sagrado precepto, á un tiempo
Cantar y callar me manda ?
Ignorante peregrino
Soy, que á las piadosas aras
Del sagrario de María
Condujo, no errante planta,
Fijo norte, sí, en aquella
Aguja, que sobre tantas
Cervices, ya de edificios,
Ya de montes, se levanta.
A ser en el desvelado
Eco de sus atalayas,
Cada clamor un sonoro
Clarín de la fé cristiana,
De cuyo animado bronce,
Aun más que del de la fama,
Conducido, llegué apénas
Al pié de sus torres altas.
Cuando inspirado del mismo
Boreal imán de mis ansias,
Saludé el umbral, diciendo :
• ¡ Salve, basilica santa,
Salve, primer metrópoli de España,
Pues hasta coronar tu frente altiva,
Ni en su dosel ciñó la paz oliva,
Ni la guerra, laurel en su campaña !
Salve, ¡ oh siempre católica montaña,